nas. Entonces resonó en Francia un grito del ángel esterminador, hundiéronse los monumentos de los hombres, y se entreabrieron los sepulcros (1).

»Tales fueron los jacobinos, de quienes se ha hablado mucho y que pocos han conocido. La mayor parte publica los crímenes de esa sociedad sin mostrarnos *el principio general* que dirigia sus miras. *Semejante principio consistia* en el sistema de perfeccion hácia el que era el primer paso *la restauracion de las leyes de Licurgo* (2).»

Chateaubriand demuestra en efecto que todas las medidas decretadas por los jacobinos tenian su modelo en las repúblicas griegas. «Habia, dice, en Atenas tres facciones: la *Montaña*, compuesta, así como el famoso partido que llevaba este nombre en Francia, de los ciudadanos mas pobres de la república, que querian una pura democracia: la *Llanura*, que reunia los ricos poseedores de tierras, los cuales pedian una constitucion oligárquica; y finalmente la *Costa*, compuesta de traficantes del Atica, que, igualmente asustados de la licencia de los pobres y de la tiranía de los poderosos, pedian un gobierno misto; estos eran los moderados (3). Véase, pues, aquí el orígen de donde los franceses sacaron los nombres de los partidos que los dividieron.

»El completo trastorno que los franceses, y los jacobinos principalmente, quisieron realizar en las costumbres de su nacion, asesinando á los propietarios, cambiando las fortunas, renovando las costumbres y los usos, y hasta variando de Dios, *no fué mas que la imitacion de lo que Licurgo hizo en su patria*. Instituyó convites públicos, desterró el oro y las ciencias, ordenó pesquisas

(1) Págs. 2, 52, 74, 75.
(2) Pág. 86.
(3) *Revol.*, lib. I, cap. 59: Arist. *De repub.*, lib. II, cap. 12: Plut., *in Solon.*

de hombres y propiedades, dividió las tierras, estableció la mancomunidad de hijos y hasta la de mujeres (1). Siguiéronle los jacobinos paso á paso en sus violentas reformas; pretendieron á su vez aniquilar el comercio, estirpar las letras, tener gimnasios, convites cívicos y clubs; quisieron obligar á las doncellas y jóvenes esposas á recibir contra su voluntad un esposo; pusieron sobre todo en práctica las pesquisas, y se prepararon para promulgar las leyes agrarias (2).

»Parece que aquel hombre estraordinario (Licurgo) no ignoró cosa alguna de cuantas podian mover á los hombres; que abrazó á la vez toda clase de instituciones, las mas capaces de obrar sobre el corazon humano, *de elevar su genio y desarrollar las facultades de sus almas*. Cuanto mas se estudian las leyes de Licurgo, mas convencido uno queda de que despues de él no se ha encontrado nada nuevo en política (3).»

¡Ni el Evangelio siquiera! Ved ahora los axiomas que se admitian y proclamaban en los momentos de la Revolucion. Si la educacion habia alterado hasta tal punto un talento privilegiado como el de Mr. de Chateaubriand, ¿qué efecto no debió producir en la multitud de almas vulgares?

Lo que sigue no es menos significativo. Para el jóven Chateaubriand todo lo que no es pagano es bárbaro; la Iglesia es enemiga de las ciencias, y la Europa cristiana debe su civilizacion y sus luces al renacimiento del paganismo; otra preocupacion de la educacion de colegio que el elocuente escritor debia mas tarde confesar, haciéndola justicia.

(1) Plut. *in Licurg.*: Pausan., lib. III, cap. 4: Isocrat. *Pannath.*, tomo II: Xenoph., *De repub. Laced.*, pág. 681.
(2) Pág. 65.
(3) Pág. 67.

«En la edad media, dice, se difundió por el Occidente una *filosofía bárbara*, al propio tiempo que *el odio á las ciencias* reinaba en los que hubieran podido protegerlas. Los emperadores hacian entonces leyes para desterrar las matemáticas y los hechiceros, y *los Papas incendiaban las bibliotecas de Roma....* Entre tanto Constantinopla acababa de pasar al dominio de los Turcos, y el resto de los Griegos fugitivos encontraron un asilo en Italia. Por todas partes principiaron á revivir las letras, y se fueron resucitando los filósofos de la Grecia. De allí salieron el epicúreo Gassendi, el pirrónico Descartes, el ateo Espinosa, el escéptico Bayle, Locke y su *Ensayo*, uno de los monumentos mas bellos del genio del hombre (1).»

Sigue un ditirambo en honor de los filósofos griegos, gloriosos preceptores y maestros de la Europa moderna, de sus instituciones sociales y de sus principales intérpretes. Estasiase Chateaubriand en su presencia, y en vez de admirar á los Apóstoles ó á algunos de los Padres de la Iglesia, esclama: «¡Platon, Fenelon, J. J. Rousseau! Vamos á presentar el hermoso grupo de estos tres genios, que encierran cuanto hay de amable en la virtud, de grande en los talentos y de sensible en el carácter de los hombres. En Platon principia la educacion del ciudadano en el momento en que nace. Conducido á un recinto general, aguarda que una leche desconocida venga á satisfacer sus necesidades. Apenas llega á la adolescencia, ocupa sus instantes el gimnasio....

»Si entre tantos hijos comunes de la patria se halla uno que por la belleza de sus facciones y los indicios de su genio revele el futuro grande hombre, sepárasele de entre la multitud. Un filósofo le descubre el Gran Ser.... Viaja y llega á hacerse uno de los magistrados de la patria.

(1) Pág. 522.

Tal es el hombre político de Platon. *El divino discípulo de Sócrates, en el delirio de su virtud*, queria espiritualizar á los hombres terrenales.

»La influencia de *Telémaco* fué muy considerable, *puesto que encierra en sí todos los principios del dia.* Respira la libertad, y hasta se halla predicha en él la Revolucion. Medítese la época en que salió á luz, y se verá que es uno de los primeros escritos *que cambiaron el curso de las ideas nacionales en Francia.*

»*Emilio* es tan superior á los hombres de su siglo, como grande es la diferencia *entre nosotros y los primitivos romanos.* Qué digo! *Emilio* es el hombre por escelencia, porque es el *hombre de la naturaleza:* su corazon no conoce *preocupacion alguna....* Tal es la famosa obra *que precipitó nuestra Revolucion....* Acaso no haya en el mundo mas que cinco obras que leer; pero el *Emilio* es una de ellas.»

¡Qué ideas y qué lenguaje en boca del autor futuro del *Genio del cristianismo!* Al ver el eclipse de tan bello entendimiento, cómo dejar de repetir las palabras de S. Agustin: «Rio maldito de la educacion pagana, ¿hasta cuándo se continuará echando á los hijos de los hombres en tus ondas infernales? ¡Allí, Dios mio, perdí la luz de mi espíritu y la inocencia de mi corazon (1)!»

(1) *Confesiones*, lib. I, cap. 9.